en al describente de cia de ciencia foragiones torre el bullos describentes de como los constituciones estado d

secreto de su vida, y dispuso en vuestro favor una considerable parte de sus riquezas que posee en Roma; riquezas que yo estoy encargado de poner en vuestras manos.

--¡Ah!..... vos conoceis á mi padre!.....-exclamó llena de gozo Nicea sin hacer caso de los bienes.

-Sí, le conozco.

—¿Quién es?..... Decidme, decidme por piedad su nombre.

—Diómedes: el hombre mas rico de Pompeya.

—¡Diómedes!.....—exclamaron todos con asombro.

—;Y donde, donde está?.....

—Se hallaba en Pompeya en los instantes de la erupcion, y tal vez se encuentre en Roma.

-Entónces ¿quién era un jóven llamado Márcio, que se interesaba por mi suerte?.....

-Vuestro tio.

El asombro de Nicea fué notable, y Lidon se sintió agradablemente sorprendido.

Nicea, ansiosa de conocer á su padre, y con la esperanza de que le encontraria en Roma, no pensó mas que en dirijirse inmediatamente á la ciudad.

Todos los viajeros se dispusieron en el instante, se pusieron en marcha, y pocos minutos despues penetraban en la suntuosa Roma que seguia en sus regocijos.

many the plantiles. In what the Michael William against the states proved southern absorbed will side to

and of it of astronomy and all more than a walk about our or the companies of the contract of the last of the contract of the

which is the sound red confest cale to entropy & Chinto of disease to be baken as the first of

continued to the form of the content of the form of the content of

CONCLUSION.

VARIOS PERSONAJES DE NUESTRA OBRA.—EL VIEJO SOLDADO Y SUS DOS HIJAS.

LA ACTRIZ FLORA.—EUTIMA Y DIÓMEDES.—MARCIO.—DESCUBRIMIENTO DE HERCULANO Y DE

POMPEYA.—ALGUNAS REFLEXIONES.—PLINIO EL JÓVEN.

Un mes despues de los acontecimientos que dejo referidos en el capítulo anterior, tres bodas se celebraban juntas y en un mismo dia; la de Ione y Glauco, la de Salustio con Nicea, y la de Nidia con Vitelio.

El hijo de la viuda de Naim y el virtuoso Olinto, fueron los sacerdotes encargados de ce-

lebrar la augusta ceremonia.

Lidon, á quien Salustio apreciaba sobremanera, y á quien Plinio habia entregado una cantidad considerable, por el servicio prestado á Eutima, era el padrino de Nicea; Plinio y su anciana madre eran los de Ione y Glauco, y el médico y su hija lo eran de Nidia y Vitelio.

Medon, Salvio y sus dos niños asistieron á la ceremonia, y despues fueron protejidos por Glauco y Ione.

Todos eran felices.

Salustio, apreciando cada vez mas los tesoros de virtud de la hermosa Nicea, fué el mas leal de los esposos.

Solamente Plinio veia pasar los dias y las semanas sin tener noticias de Eutima.

Con igual inquietud que el jóven abogado se encontraba el primo de Salustio, el apreciable militar amante de Flora, de la bella actriz con quien debia unirse. Nicea, dotada de un corazon agradecido, no perdonaba diligencia ninguna para adquirir noticias del viejo soldado y de sus dos bellas hijas, que con infatigable celo le habian asistido en su desmayo, así como para saber la suerte que el cielo habia deparado á la generosa actriz que le habia servido de apoyo. Pero lo que mas la preocupaba y anhelaba saber, era el paradero de su padre Diómedes y de su hermana Eutima.

Salustio, por su parte, secundaba las indagaciones de su esposa, al mismo tiempo que se afanaba por saber el paradero de su amigo Lisipo y de su amada Agripina.

¿Qué era entretanto de los personajes que cada cual anhelaba ver y cuya ausencia les tenia inquietos?

¡Ay!..... Nicea albergaba la esperanza de poder manifestar su gratitud al viejo soldado y á sus hijas. ¡Vana esperanza! El anciano y sus hijas habian quedado sepultados en Pompeva. Al sacar de la tumba en que por diez y ocho siglos habia dormido olvidada la ciudad, se encontró un hombre de bastante edad, cerca de los esqueletos de dos tiernas jóvenes que le habian seguido. Aquel anciano tenia en una de sus manos los zarcillos de sus dos hijas, algunas monedas, la llave de la casa, y en uno de sus dedos llevaba una sortija de fierro que indicaba su baja condicion. Su elevada talla, sus salientes pómulos, sus pronunciadas cejas y sus largos bigotes entrecanos, dejaban conocer al viejo soldado que cuidó de Nicea en su desmayo. Se adivinaba que su muerte habia sido angustiosa; sus labios parecian hacer un esfuerzo para respirar; los párpados se conservaban intactos, y los ojos abiertos como si aun estuviese sufriendo. Caido sobre las espaldas, aquel gigante habia querido levantarse apoyándose sobre uno de los codos, y habia recojido sobre su cabeza una esquina de su manto para protejerse contra la ceniza y los gases deletéreos. La expresion toda que presentaba el esqueleto era el de la sofocacion. El manto cubria el pecho y el brazo derecho, mientras que un pedazo de la tela, recojida sobre el vientre, anunciaba que se habia levantado el vestido para correr mejor. En sus piernas enjutas y vigorosas se veia una especie de calzon unido á la piel, y gruesos zapatos guarnecidos de clavos cubrian sus piés.

Pero el espectáculo mas conmovedor era el que presentaban sus dos tiernas hijas, las dos cariñosas hermanas, que unidas y enlazadas de las manos y sosteniéndose la una á la otra, respiraron el mismo veneno, vinieron á tierra de un mismo golpe, y murieron con los piés enlazados. La de mas edad se encontraba acostada de lado como para dormir. Dos anillos de fierro, colocados en sus dedos, atestiguaban su pobreza. Sus muslos estaban cubiertos por un calzon bastante fino, cuya tela se conservaba en parte: por el contrario, el género del vestido era ordinario, roto en algunas partes, pero limpio. Sus carnes eran macizas y hermosas, y de contornos de un realismo admirable.

La otra jóven, la de menos edad, que no pasaba de catorce años, y cuya belleza era notable, estaba caida sobre el vientre, extendiendo sus brazos como para defenderse y cubrirse de la ceniza. Una de sus manos, crispada, atestigua su sufrimiento; la otra mano la tiene cerrada sobre el rostro afianzando un pedazo de su ropa como para preservarse de los gases mefíticos: sus dos piés los acaricia el aire, presos entre los pliegues de la túnica, y de uno de los cuales se desprende un zapato de tela, bordado, y roto en parte. Su delicado cuerpo tierno y seductor, sus bellas caderas, sus redondos hombros, perfectos y bien repartidos, su gracia naciente y su poética cabeza, recordaban la idea de una bella ninfa dormida dulcemente á orillas de un lago. El tocado que ostentaba, era el gracioso que llevan las italianas de la montaña; una redecilla recojida sobre el medio del cráneo. Este cuadro patético,

es un drama completo que conmueve por sí solo. Aquel era un grupo de una verdad tierna y dolorosa; de una expresion que se apodera del alma oprimiéndola fuertemente.

En vano esperaba, pues, Nicea, la llegada de aquellos séres, y en vano tambien la de la cariñosa actriz Flora.

Esta interesante artista habia perecido envuelta en las cenizas y sofocada por los gases deletéreos. Su cadáver, conservado perfectamente, fué encontrado en 1863. La hermosa actriz estaba caida de espaldas. En sus facciones se descubrian los sufrimientos que habia padecido al espirar, y que habia muerto sofocada. Su rostro buscaba el aire, y su elegante cabeza parecia levantarse hácia el cielo. La mano derecha, crispada, se apoyaba en la tierra; el brazo izquierdo quiere rechazar un enemigo invisible: todo anuncia la sofocacion. Una trenza de cabellos forma una corona al rededor de su hermosa cabeza. Las mangas de la túnica se unen por curvas armoniosas; pero los dobles botones de vidrio que detenian cada arco del círculo, se habian caido cuando la tela se vió consumida por el tiempo. Para poder huir prontamente, la infeliz se habia levantado el vestido formando un rollo sobre el vientre. Los muslos se conservaban cubiertos de una tela finísima que constituian un verdadero calzoncillo. Flora, la interesante actriz, la alta, elegante y simpática jóven que debia haberse unido al primo de Salustio, conservaba aún su belleza. Su pié, pequeño y admirablemente combado, se veia calzado por elegantes borceguíes. Una sortija de plata lucia en uno de sus dedos: á su lado se veian zarcillos de oro; el espejo de plata y la estatua pequeña hecha de un solo trozo de ámbar, representando el amor, con que la vimos salir de su

Agonía no menos terrible habian sufrido otros dos personages de nuestra obra. El cuestor Lisipo y su amada Agripina habian perecido sin poder abrir la puerta de la pieza en que los vimos jurándose fidelidad y amor eterno. Tres esqueletos se encontraron en aquel edificio conocido hoy con el nombre de Casa de Diana. El primero era el del jóven cuestor, que tenia una bolsa con veintiocho monedas de oro y cincuenta de plata: el segundo era el de la bella Agripina que conservaba en sus descarnados brazos dos brazaletes de oro: el otro esqueleto, el del padre de la hermosa, se hallaba junto á ellos, y tenia algunas monedas de plata que fueron encontradas á su lado.

Pero Eutima ¿habia corrido la misma suerte? ¿La amante, la prometida de Plinio, la jóven hácia quien vimos correr á Marcio á salvarla, habia sucumbido antes de que su primo llegara?.....

¡Ah!..... Corramos á su casa de campo: lleguemos á la Calle de las Tumbas y penetremos en el edificio en que la dejamos encerrada y buscando una salida.

Pero ¿qué es lo que se presenta á nuestra vista al acercarnos á su mansion?

Sobre la vía antigua que unia á Pompeya con Herculano, se encuentran tres cadáveres; á la derecha de ellos se ven otros dos. Acerquémonos á reconocerlos. Uno de aquellos cadáveres estaba caido boca abajo, los brazos abiertos y los piés vueltos hácia la ciudad; el otro estaba de espaldas, los brazos extendidos igualmente; el tercero se hallaba vuelto hácia el Vesubio. Todo revela que estos desgraciados fueron alcanzados en plena fuga llevando en las manos su escasa fortuna. Heridos de repente por la muerte, apenas han tenido tiempo para levantar los brazos, volverse sobre ellos mismos, y caer á izquierda y derecha segun el capricho de su última convulsion: uno de ellos tiene aún en la boca un pedazo de tierra que habia mordido en su desesperacion. Pero ninguno de estos cadáveres, cuyos estomo II.—111

DE POMPEYA.

queletos se encontraron en Febrero de 1812, teniendo á su lado veintisiete monedas de oro y sesenta y nueve de plata, pertenecen á la servidumbre de Diómedes.

Allí están otros tres, muertos igualmente por una sofocacion súbita. Se hallan tendidos en la puerta de Herculano, rumbo precisamente que conduce á la casa de Eutima.

Observemos sus rostros y sus trages.....

¡Oh!..... Uno de los cadáveres es Márcio!..... Los otros son dos esclavos suyos. ¿Ha perecido despues de salvar á Eutima?.... Penetremos en la Casa de Diómedes para saberlo.

Lo primero que se presenta á nuestra vista, al entrar en ella, son diez y ocho esqueletos de adultos que se habian refugiado en uno de los subterráneos, el de un jóven y el de un niño. Las cenizas habian llenado aquel subterráneo en toda su altura. Estos veinte desgraciados habian buscado su salvacion en estas bodegas subterráneas, bien conocidas hoy, que ocupaban los tres lados del jardin de Diómedes; bodegas ó cuevas cuya solidez desafiaba las piedras pómez, los terremotos y aun la caida de la cása misma. Todas aquellas personas se habian colocado instintivamente cerca de la puerta, ya fuese para escuchar lo que fuera pasaba, ya para aprovechar las circunstancias favorables. Con efecto, durante la lluvia de piedras y de cenizas, se habian visto libres de ellas, y se dejaron envolver en su asilo por esta montaña que llegó á obstruir todas las puertas y todos los sitios accesibles. Lo que perdió á aquellos desventurados fueron las lluvias torrentales que acompañaron y siguieron á la erupcion. Las bodegas de Diómedes no estaban mas que á poca profundidad de la tierra; la parte superior, recibia la luz del jardin por una série de respiraderos grandes y regulares. Cuando las lluvias empezaron á infiltrarse á traves de mas de cuatro metros de piedras volcánicas que llenaban los jardines, penetraron por todos los agujeros, arrastrando las cenizas, la tierra y las escorias que llevaban consigo. Los miserables que se habian encerrado, y á quienes les era imposible salir, se vieron envueltos, aterrados, ahogados por aquella inundacion imprevista de lodo líquido, que subia y subia con una rapidez indescriptible. Los cuerpos de aquellas víctimas aspiran la muerte. Casi todos están calzados con zapatos ordinarios, y lo burdo de la tela de sus vestidos, anuncia que son esclavos. Pero ¿de quién es aquel cadáver que se halla un poco retirado y cerca de la pared?.... Es una muger: la elegancia de su trage y lo fino de la tela, indican que es una dama principal..... Levantémosla el cendal con que procuró taparse la cabeza para no asfixiarse.....

¡Es Eutima!..... la hija de Diómedes!..... la prometida de Plinio!..... A su lado se ven veintiocho monedas, dos brazaletes de oro, un collar con una perla, anillos con piedras grabadas y otras alhajas de que se comprende se habia despojado al espirar.

El esqueleto de su padre, que á última hora no pensó mas que en salvarse sin acordarse de su hija, se encontró en el pórtico oriental que daba al mar: tenia aún en la mano las dos llaves de su casa, una de las cuales estaba incrustada de plata, y en uno de sus dedos ostentaba un anillo formado por una serpiente de dos cabezas: junto á él habia sucumbido un esclavo á quien habia hecho que cargase con algunos vasos de plata, con un considerable número de monedas imperiales envueltas en un lienzo, y con una magnífica lámpara de bronce que hoy está en el Museo. En otras piezas de la casa, se encontraron, segun se fueron haciendo las escavaciones de ella, otros muchos esqueletos, entre ellos el de un niño y el del edil Panza, hasta el número de treinta y tres.

En el departamento en que pereció el edil con varios de sus amigos, se hallaron objetos preciosos, oro acuñado, tazas y vasos que habian contenido su alimento, ánforas en las cuales se habia endurecido el vino, y candelabros que habian alumbrado su terrible agonía.

Nicea y Plinio supieron al fin la triste muerte; aquella de su hermana y de su padre Diómedes, cuyas riquezas habia heredado; el segundo el desastroso fin de la muger que amaba!......

Nicea, para premiar el servicio del posadero que le habia salvado la vida, le dió una cantidad considerable de dinero que labró el porvenir de su familia.

Salustio cedió parte de sus bienes á Lidon por la conducta leal con que habia defendido siempre á la bella huérfana, y con ellos vivió feliz al lado de su anciano padre.

Salvio y sus hijos fueron protejidos por Nidia y Vitelio, y jamas carecieron de nada.

Ione y Glauco se amaron cada vez mas, y Olinto y el venerable sacerdote, hijo de la viuda de Naim, siguieron predicando la doctrina del Salvador, gozando aquel con la felicidad de su hija, y el segundo con los progresos que hacia el cristianismo.

Plinio, trascurridos algunos años y dulcificado su dolor, aunque sin olvidar jamas la memoria de Eutima, fué nombrado por Trajano, gobernador del Ponto y de la Bitinia, empleo en que se distinguió por su humanidad con los cristianos perseguidos, y por su celo en favor del bien público. Escribió la historia de su tiempo, que se ha perdido así como sus poemas, y solo se conservan su Panegírico de Trajano y diez libros de sus Cartas, que contienen gran número de hechos muy curiosos. Una de sus Cartas, curiosa por los detalles que contiene respecto de la erupcion del Vesubio, está escrita á su amigo Tácito, y la pongo en el apéndica de esta obra

Plinio murió á los treinta y dos años de edad; esto es, á los trece de la destruccion de

El, lo mismo que el emperador Tito, tuvieron grande empeño en atender inmediatamente á las ciudades enterradas por el Vesubio; pero las desgracias que cayeron entonces sobre Roma, los incendios y la peste, obligaron, como ya he dicho, á que se quedasen olvidadas.

Muerto luego Tito, envenenado por su hermano Domiciano, y ocupado por éste el trono, en nada pensó el nuevo, cruel y relajado emperador, mas que en perseguir á los cristianos y á los filósofos, en hacer la guerra á los Dácios y los Germanos á quienes derrotó, y en satisfacer sus sanguinarios instintos, llegando á quedar Pompeya y Herculano borrados de la memoria de todos.

Así permanecieron por espacio de diez y ocho siglos, hasta que la casualidad dió orígen á que se empezasen á hacer las escavaciones para desenterrarlas.

En 1684, un panadero, profundizando un pozo en Portici, ciudad situada en la costa del golfo de Nápoles, y al pié O. del monte Vesubio, encontró algunas ruinas romanas; este pozo, que existe aun, bajaba precisamente al medio del teatro de Herculano.

El príncipe Emmanuel de Elbœuf, frances de nacimiento, habiéndose casado en Nápoles con la hija del príncipe de Salsa, hizo en 1706 la adquisicion del terreno donde se encontraba el pozo, y en ese terreno edificó un palacio. En 1713, ensanchando el pozo, encontró mármoles, con los cuales adornó las azoteas y las escaleras, y tres estatuas de mugeres vestidas que envió á Viena, de donde fueron llevadas á Dresde.

Nuevas escavaciones, ejecutadas por su órden, dieron por resultado el descubrimiento de un templo circular, sostenido por cuarenta y ocho columnas de alabastro.

Pronto el gobierno napolitano intervino y mandó suspender las escavaciones, que no continuaron sino veinte años despues, hácia 1736, en que fueron emprendidas por órden de Cárlos III, rey de España.

Una nueva entrada fué practicada en Resina, y se descubrió sucesivamente el teatro, ba-

sílicas, edificios particulares, inscripciones y medallas que no dejaron duda ninguna sobre la identidad de estas ruinas con las de la desventurada ciudad de Herculano.

Sin embargo, al principio, no presidia á estos trabajos un espíritu filosófico y de estudio, sino mas bien de curiosidad.

Estas escavaciones, llevadas á una profundidad de veinticuatro metros en una masa durísima, y bajo las villas de Portici y de Resina que están edificadas sobre Herculano, eran muy difíciles y costosas, por cuyo motivo los trabajos marchaban lentamente.

Respecto de Pompeya, su descubrimiento se verificó de la manera siguiente:

En 1748, un labrador, cruzando un surco sobre el suelo de Civita, cerca del Sarno, tropezó con la reja de su arado en una estatua de bronce. Entonces se acordaron de que ya en 1689, algunos aldeanos habian encontrado en aquel lugar algunos restos antiguos, como un trípode y un priapo pequeño de bronce.

El terreno fué comprado por el gobierno, y en el instante empezaron las escavaciones. ¡Pompeya estaba ya descubierta!

En el instante se comprendió que los gastos para desenterrarla serian notablemente inferiores á los que exijia Herculano, pues Pompeya se hallaba sepultada por cenizas, guijarros y escorias á una profundidad de siete metros, mientras Herculano se encuentra á veinticuatro metros bajo una mezcla durísima de lodo, agua y piedra casi inquebrantable.

En consecuencia, las escavaciones de Herculano se abandonaron á poco, casi del todo, y se siguieron las de Pompeya, que continúan y seguirán continuando por muchos años.

Esta ciudad ha salido de la tumba silenciosa, como dice Bulwer, brillante aun de colores que no han perdido nada de su resplandor, con sus artesonados, cuyas pinturas, frescas to das, parecen haber sido hechas ayer.

En ella se entra solo para visitar y comprender lo que fueron aquellas ciudades antiguas. Nadie vive en ella mas que los encargados de cuidarla, los empleados en las escavaciones y el director de estas.

Aunque la parte principal, las calles mas notables y los edificios mas suntuosos que formaban el núcleo de la ciudad, se ostentan á la vista como en los dias de su grandeza, aun falta por desenterrarse toda la parte de la poblacion que se encontraba hácia el anfiteatro, y algunos suburbios que vienen á constituir tres quintas partes de su área.

Muchos habian creido que algunas horadaciones que se ven en varios edificios de Pompeya, indican que la ciudad no quedó del todo sepultada, y que una parte de sus habitantes volvió á ella, pasado el conflicto, para sacar los objetos que habian abandonado.

Esto no es mas que una suposicion contraria á los hechos. Toda la campiña que rodea el Vesubio quedó cubierta de cenizas, lava y piedra, sin vegetacion, sin agua, destruidos los pueblos, sin animales y sin medios de trasporte. Nada habia allí para la vida: todo habia quedado en la mayor aridez. Las ciudades que podian proporcionar recursos, estaban lejos. ¿Seria, pues, posible, que los pocos que habian podido huir, pobres y miserables, volviesen cuando aun el terror debia dominarles, y cuando no podian llevar víveres ni nada con ellos? No. Las horadaciones fueron hechas por los que, viéndose encerrados en sus casas, lograron agujerear las paredes para huir por los terrados á la calle, antes de que la ciudad se viese del todo sepultada.

Respecto á sus habitantes, algunos escritores han creido que la mayor parte de los pompeyanos perecieron en el anfiteatro, á donde habian concurrido á presenciar las fiestas, mientras otros, movidos de humanidad, han conjeturado que se salvaron en su mayoría. Lo primero está desmentido por los hechos. En el anfiteatro solo se encontraron los dos cadáveres de los gladiadores que ya he mencionado en otro capítulo, y ocho esqueletos de leones. La conjetura de los segundos se desvanece por los decretos del emperador Tito que, como he manifestado ya, prueban que casi todos los habitantes quedaron sepultados bajo las materias arrojadas por el Vesubio. Sabido es que en esos grandes cataclismos todos procuran huir de la ciudad. Los pompeyanos se apresuraron á salir de ella; pero huyendo de la muerte, se encontraban con ella en la campiña y en la orilla del mar, asfixiados por el ácido carbónico, y quedando sepultados con sus tesoros debajo de la ceniza y del lodo que acompañaba á los torrentes de agua.

A pesar del empeño de salir de la ciudad, no obstante la prisa que todos se daban para conseguirlo, dos mil personas quedaron enterradas en sus propias habitaciones, cuyos esqueletos se han ido encontrando á medida que se han hecho las escavaciones.

¡Dos mil personas muertas sin alcanzar salir de sus casas!..... ¿Se quiere prueba mas dolorosamente palpable de los estragos causados por aquella erupcion?..... Casi todo el resto de la poblacion espiró en su fuga, aspirando los gases deletéreos que se desprendian de las fisuras y de la orilla del mar, á donde se acercaban los fugitivos creyendo encontrar la salvacion en los buques que se habian alejado, y donde hallaron la muerte! La ceniza, las escorias, la piedra pómez y el lodo arrojado por el agua del volcan, formaron la tumba donde quedaron sepultados con sus tesoros aquellos desgraciados que permanecerán al lado de sus riquezas hasta la consumacion de las edades.

Muy pocos consiguieron escaparse de la catástrofe. Los ricos, los pobres, los libertos y los esclavos, las mugeres y los niños, los animales domésticos y los del campo, todos perecieron. Los esqueletos de ellos se encuentran en donde quiera que se practican las escavaciones. De entre los animales, solamente los de una especie dejaron de perecer. Estos animales, fueron los gatos que desaparecieron avisados sin duda por su instinto, pues no se ha encontrado el esqueleto de ninguno de ellos.

FIN DE LA DESTRUCCION DE POMPEYA.

with the about the region of the property of the party of

the distributed at the same of the same of